



Walter Benjamin

*Juicios a las brujas y otras catástrofes.*  
*Radio para jóvenes.*

Selección y traducción de Ariel Magnus.

Santiago de Chile: Hueders/Interzona, 2014.

Por David Caralt Robles

Escuela de Arquitectura, Universidad San Sebastián. Concepción, Chile.

david.caralt@uss.cl

El día 23 de marzo de 1927, Walter Benjamin debutó en la radio con un programa titulado “Jóvenes poetas rusos”. Fue el inicio de una actividad que se consolidó a partir de mediados de 1929 y que duró hasta 1933, periodo durante el cual escribió y retransmitió algo más de ochenta programas en la Radio Berlín y la Radio Alemana de Frankfurt. Entre los trabajos radiofónicos de Benjamin encontramos guiones, reseñas de libros, los denominados “modelos de audición” –programas didácticos sobre la vida cotidiana–, reflexiones sobre el medio y las historias para un público joven como las del libro que aquí nos ocupa.

En la “hora de los jóvenes”, el pensador alemán se enfrentó a la tarea de adaptar el tono y el estilo para acercarse a los jóvenes, labor que al mismo tiempo le permitió iniciar un proceso en el cual ligar la reflexión teórica, la investigación materialista, la pasión por el universo infantil y su tendencia a la ficción. Además, la aproximación directa a estos oyentes lo llevó a revisitarse su propia infancia, como muestran los escritos que se convirtieron en *Infancia en Berlín hacia 1900*.

*Juicios a las brujas y otras catástrofes* es publicado por las editoriales Hueders (chilena) e Interzona (argentina), e impreso en Santiago. Se agradece, como es habitual en Hueders, el diseño gráfico y la presentación general del libro –de la mano de Inés Picchetti–, que ofrece en la cubierta la fotografía de unos juguetes rusos antiguos

adquiridos por Benjamin en su viaje a Moscú, entre diciembre de 1926 y enero de 1927, y detalles como las diversas ilustraciones que abren cada una de las historias o bien la imagen de uno de los sobres conservados en el Walter Benjamin Archiv para decorar la página de cortesía.

La selección y traducción de los textos está a cargo de Ariel Magnus, y cuenta con un prólogo de Mariana Dimópulos y un “posfacio” de Esther Leslie. El prólogo (9-18) es un texto de carácter general destinado a la presentación de Walter Benjamin para un lector no iniciado. Se trata de una introducción que apunta aspectos biográficos en paralelo al anuncio de algunos temas del filósofo, sin ahondar en ellos. Dimópulos subraya la concepción benjaminiana de la historia entera como una gran catástrofe (13), el interés del filósofo por las nuevas técnicas como la radio (12) y su modelo propuesto para “una nueva historia” que contemple no solo a “los grandes hombres” sino también a “las víctimas y los héroes” anónimos (10).

El “posfacio” (141-152) está escrito por la profesora Esther Leslie, conocedora de la obra de Benjamin y autora de numerosas publicaciones sobre el pensador alemán –entre ellas, una biografía–. Aunque los diccionarios en castellano no recogen la palabra “posfacio”, entendemos que se trata de un epílogo o *postscriptum*. Lleva por título “Sueños de radio” y nos permite comprender tanto el contexto en el cual fueron escritos los trabajos de Benjamin para la radio como la reflexión en torno a este medio de comunicación. Benjamin, dice Leslie, pensaba que la radio había aparecido demasiado temprano para ser usada o asimilada de manera apropiada o para encontrar su forma adecuada, pues surgió en medio de una organización inapropiada de las relaciones de producción (145). Pero la radio fracasó al no ser capaz de seguir la lógica de su forma técnica (el montaje) y aprovechar así su potencial genuino para llegar a los oyentes. “Lo pedagógico y lo experimental se volvieron propaganda y conformismo” (152), señala Leslie, al tiempo que recuerda que toda potencia de la tecnología espera las condiciones empáticas que permitan su correcto despliegue.

Ariel Magnus, encargado de seleccionar y traducir las historias, es un acreditado traductor de Benjamin que ha publicado también otras versiones de obras del autor, como “Calle de mano única” (2014) o “Historias desde la soledad” (2013), un conjunto de narraciones de ficción. No existe una nota que dé cuenta de la edición original de la cual proceden los textos, ni del criterio de selección de las historias (no se incluye la historia *La conmoción en torno a Karperl* en la que Leslie se detiene), aun cuando el conjunto es suficiente para entender la aproximación pedagógica de Benjamin a la radio.

El libro incluye doce historias con los siguientes títulos: “La caída de Pompeya y Herculano”, “Juicios a las brujas” –que da nombre a la publicación–, “Pandillas de bandidos en la antigua Alemania”, “El terremoto de Lisboa”, “La Bastilla, antigua cárcel del Estado francés”, “El incendio del teatro en Cantón”, “Kaspar Hauser”, “La catástrofe ferroviaria del fiordo de Tay”, “La inundación del Mississippi de 1927”, “Los bootleggers”, “Falsificación de estampillas” y, finalmente, “Historias verdaderas de perros”.

La lectura del índice indica ya varias cosas. En primer lugar, una variedad extraordinaria de temas. En segundo lugar, algunos de los intereses de Benjamin, como la destrucción (terremotos, incendios, derrumbes, inundaciones), el desarrollo de la técnica, el coleccionismo, la atención en general hacia los contemporáneos ignorados y marginados (brujas, bandidos analfabetos, contrabandistas pobres) y la predilección por aquellas realidades desatendidas y *a priori* secundarias que él sitúa, sin distinción, en el mismo plano que los denominados grandes acontecimientos de la historia: Pompeya al lado de los perros –por citar la primera y la última historias del libro. Se trata de relatos muy bien documentados y repletos de detalles (conocida es la predilección del autor por la importancia de las anécdotas), que podrían muy bien ser enlazados con varios de sus escritos más importantes.

En el programa que relata la desgracia de Pompeya, donde él mismo había estado de viaje en 1924, Benjamin plantea la destrucción como una obra de conservación. Considerando que estas retransmisiones tenían un objetivo pedagógico, Benjamin llama la atención sobre el punto de que solo murió una décima parte de los habitantes de la ciudad, y en la mayoría de los casos “fue la preocupación por sus pertenencias lo que les impidió ocuparse de su seguridad” (26). Personas que se encerraron en el sótano junto a sus fortunas de oro y plata y luego no pudieron salir, por lo que murieron de hambre; otros que no alcanzaron a escapar porque iban cargados con sacos repletos de joyas y cubiertos de plata; todavía otros más que fallecieron cuando, pasada la erupción, volvieron para desenterrar los tesoros y se hundieron fatalmente, quedando sepultados. Este era el mensaje que esperaba bajo el polvo: el apego por la riqueza material acabó con sus vidas. En estas historias, Benjamin se entretiene en el análisis del comportamiento de las personas frente a la catástrofe y reúne relatos de testigos contemporáneos, como en el terremoto de Lisboa y en la inundación del Mississippi, por ejemplo.

En otro grupo de narraciones, Benjamin se ocupa de aquellos que algún día fueron gravemente perjudicados. Los juicios a las brujas, por ejemplo, fueron una de las “plagas más espantosas junto con la peste” (36) a mediados del siglo XIV, debido a la superstición, precisamente en un momento de gran auge de las ciencias, subraya. Con lujo de detalles (testimonios, actas de sumarios, publicaciones especializadas, etc.), Benjamin se asombra de las tremendas energías invertidas por los eruditos con tal de encontrar argumentos que justificaran la existencia de las brujas, pruebas carentes de toda lógica.

El materialista histórico despusna en la transmisión dedicada a los *bootleggers*, los contrabandistas de alcohol en la frontera de Estados Unidos con Canadá. En él razona sobre la aparición de estos infractores en tanto producto de la aprobación de la ley seca. Pero Benjamin se encarga de explicar que dicha ley no se aprobó por motivos de salud o religiosos –como sostenían algunos puritanos–, sino por intereses económicos como los de Henry Ford.

El programa que explica el colapso del puente metálico sobre el río Tay en 1878, cuando pasaba un tren cargado de pasajeros, contiene la teoría sobre la técnica que

Benjamin estaba elaborando, como señala Leslie en el “posfacio”. Presenta primero la caricatura de Grandville, que muestra el colosal puente de hierro apoyando sus pilares sobre astros y planetas, en el cual unos habitantes de Saturno toman el fresco por la noche (92). Recordemos que esta misma imagen está presente en uno de los resúmenes del *Libro de los pasajes* titulado “Grandville o las exposiciones universales”. Con esta imagen, Benjamin explica de qué manera las primeras construcciones con nuevas técnicas fueron como un juego hasta que encontraron su área correcta de aplicación y generaron arquitecturas nuevas “que no se regían por ningún modelo del pasado. No sólo estaban basadas en estas nuevas tecnologías, también servían para necesidades totalmente nuevas: palacios de exposiciones, mercados techados, estaciones de tren” (92-3). Hubo hazañas técnicas que aparecieron demasiado pronto, como la torre Eiffel, termina Benjamin, que cobraron su sentido pleno cuando se inventó la radiotelegrafía. El problema viene, nos advierte, cuando “la fuerza muscular domina el pensamiento” (98), cuando hay una desincronización y la técnica se usa sin el razonamiento y orientación adecuados.

*Juicios a las brujas y otras catástrofes* contribuye a difundir el trabajo radiofónico de Walter Benjamin en castellano, una de las facetas menos divulgadas de este pensador. A propósito de ello, sería deseable una edición crítica que concentrara todos sus escritos sobre el tema en un solo volumen, como la reciente edición de Lecia Rosenthal en inglés: *Radio Benjamin* (2014).

Cuando terminamos de leer estas “historias”, acude a nuestra mente la séptima tesis de la filosofía de la historia de Benjamin, citada numerosas veces –pero que volveremos a recordar aquí–, y es que el patrimonio cultural

no sólo debe su existencia a los grandes genios que lo han creado, sino también al vasallaje anónimo de sus contemporáneos. No existe un documento de la cultura que no lo sea a la vez de la barbarie. Y cómo en sí mismo no está libre de barbarie, tampoco lo está el proceso de transmisión por el cual es traspasado de unos a otros. Por eso, el materialista histórico se aleja de ello cuanto sea posible. Considera como su tarea pasarle a la historia el cepillo a contrapelo (43).

Leamos y releamos estas historias a nuestros jóvenes. Un día nos lo agradecerán.